

EDITORIAL

ESTA EDICIÓN DE LA REVISTA SE LA DEDICAMOS A NELLY ACEVEDO GONZÁLEZ UNA BIBLIOTECA HECHA MUJER 27 años en la Universidad Militar Nueva Granada

Yolanda M. Guerra Ph.D.

Editora

Revista Educación y Desarrollo Social

yolanda.guerra@unimilitar.edu.co

Nunca me he tomado ninguna atribución por ser la editora de esta bella revista que hacemos para ustedes, pero hoy lo haré por primera y quizás única vez: voy a contarles sobre la maravillosa existencia de la Doctora Nelly Acevedo González, quien fuera el alma y motor de esta revista y otras tantas, como Investigación y Desarrollo social que por más de 15 años llevó las noticias de la Universidad Militar Nueva Granada al Mundo entero.

Intentaré hacer del escrito, una pieza agradable de leer y le invito a continuarla. De antemano, ofrezco disculpas a los lectores, si soy personal y subjetiva en mis palabras, pero no puedo más que

serlo. El alma de esta revista siempre ha sido la Doctora Nelly Acevedo González, y a nivel personal también ha sido parte del alma mía.

Nellita o mejor, la Doctora Nelly, como siempre le dije, aunque sin que ello significara que hubiere distancia y falta de aprecio, sino todo lo contrario. En los momentos cuando escribo estas líneas, su vida se nos está yendo de las manos, su vida se me escapa de entre los dedos como el agua que fluye, como la vela cuyo pivote se extingue inexplicable, prematura e intempestivamente cuando entra el viento huracanado por la ventana, con la velocidad del rayo que avisa que pronto sonará el trueno¹. Hoy la ví, y no pude hacer nada para

¹ Palabras escritas el 19 de Octubre de 2009 a las 5 p.m.



convencerla de quedarse, pues ya se estaba yendo. Fuerzas más grandes sobre las cuales me inclino en reverencia, han decidido llevársela y no hay marcha atrás. Ese motor que ha sido en mi vida por diez años, ya enfiló baterías para el otro mundo y no hay cómo detenerlo.

Conocí a la Doctora Nelly a principios del siglo XXI, no tengo la fecha exacta. Lo hubiera escrito con hora, minutos y segundos al saber que contaría tanto, aunque en realidad no

es importante, lo importante fue conocerla. Era una tarde lluviosa y fría como ha sido hoy, cuando recién vinculada a la Institución, fui a la Biblioteca de la Universidad Militar Nueva Granada para sacar un par de libros con el carné de empleado. Al obtener una negativa por parte de un funcionario de la biblioteca, y de paso ser un poquito maltratada, en el intento de aquel hombre por hacerme entender que el carné de empleado es uno y es para entrar en la Universidad, y el de la biblioteca es otro. Pregunté

entonces por el jefe de la biblioteca, para informarle del trato inadecuado que había recibido; pensaba que a uno le pueden explicar las cosas sin necesidad de maltratarlo ¿no? La respuesta fue: siga al fondo.

Empecé a caminar por la biblioteca... se me antojó como uno de esos instantes de las películas o de mis mejores sueños, cuando uno se queda solo en el centro comercial cerrado, cuando todos se han ido y uno puede meterse a cualquier sitio a curiosear. O como cuando camina por museos y sitios sagrados, donde hay tanto silencio que se podría escuchar a Homero y su pluma -que a propósito no se cómo sería pero que le sirvió para trascender porque hace más de 29 siglos y sigue vigente su obra-. Escuchaba yo entonces por ese pasillo casi eterno, a Miguel de Cervantes, escribiendo su libro con la otra mano que el Lepanto le dejó buena; y a tantos más susurrando en mi oído: “¿Quién osa profanar este recinto sagrado con su prosaica y bizantina presencia terrenal?”...

En aquella época, no se podía entrar a la biblioteca. Los libros se sacaban por la ventanilla. De tal manera que recorrer más de 20 metros de estantes de libros, era casi un placer pecaminoso; el olor peculiar a papel nuevo y a libro guardado, contrastaba con la musiquita de fondo que se me antojaba clásica e irreal, y me iba guiando hacia la Doctora Nelly. De hecho la música sí existía y provenía de un radiecito que cargaba la Doctora, sintonizado en la otrora infaltable emisora de la inmensa minoría 89.9 HJCK en Bogotá, que también descansa en paz.

Cuando llegué al final de la fila de estantes de libros, había un minúsculo escritorio contra el rincón de la pared y un ventanal a la espalda del mismo, por el cual entraba la luz más radiante del

atardecer. Sobre el escritorio había flores en un jarrón con agua y todo eso más un computador gigante, cabían en ese diminuto escritorio lleno de luz y radiancia. Detrás de él había una persona que aprecié de una presencia magnífica, aunque aún más diminuta que el propio escritorio. Una enorme sonrisa de oreja a oreja me saludó: “qué se le ofrece, yo soy Nelly, bienvenida a la biblioteca”. Le extendí la mano y el agarrón fue firme y agradable. Al decir mi nombre y proceder a sentarme en el puestico libre enfrente de su “despacho”, la Doctora me interrumpió de inmediato: “Yo sé quién es usted, he leído sus libros, aunque la verdad me la imaginé mucho más vieja y mucho más gorda”. Esas palabras seguramente se las deben decir a uno a la entrada del paraíso. Yo ya me había transportado hacía rato a otros planos de vida. La cosa pintaba muy bien.

Acto seguido, empezó a hablar de lo que había leído de mis escritos, con el entusiasmo de un niño que ingresa en un parque de diversiones por primera vez. Me quedé estupefacta, al parecer casi más de dos horas en frente de esta presencia que se me antojaba deliciosa y gentil. Solamente salí de mi hipnosis cuando me encontró la secretaria de la Facultad de Derecho, donde entonces yo trabajaba, para informarme que tenía que dictar clase, que ya había comenzado y que estaba a punto de llegar tarde si no corría.

Por supuesto, se me olvidó a qué había ido donde la Doctora Nelly. Cuando salí sin libros para mi clase, y sin haber hablado más que de cosas hermosas una tarde completa, decidí volver al día siguiente a hacer lo que se supone debí haber hecho desde el primer día, pero es muy probable que otra vez se me hubiera olvidado a qué había ido. La queja al fin y al cabo se la vine a hacer muchos años después, recapitulando a



qué había ido ese día lluvioso a conocer a la Doctora Nelly, mi amiga. Así comenzó un ritual, que se convirtió en amistad por casi diez años, hasta hoy cuando en cualquier momento, esa lucecita tan tenue de la vela que hoy vi en la Doctora Nelly, tal vez se apague².

Conseguir una “mejor amiga” después de los 30 es labor faraónica, por no decir imposible y es tan necesario que si uno tuviera un amigo, no habría necesidad de psiquiatras, y tal vez tampoco de médicos. Y yo tuve el privilegio de gozar de la amistad de una persona maravillosa por casi diez años. Como diría Francisco Romero, Pacho el esposo de Magolita en el funeral de la Doctora Nelly: “Uno no sabe si enojarse por haberla tenido tan poquito o darle gracias a Dios que le permitió disfrutar esa maravillosa presencia aunque hubiera sido un instante”. Yo sentía un orgullo nada modesto de presentarla a propios y extraños, como “la Doctora Nelly, mi mejor amiga”.

Habría tanto qué decir de Nellita, por ejemplo en lo profesional: que fue la consejera de más de un Rector, de más de un Vicerrector, y que fue la amiga y confidente de por lo menos una centena de funcionarios de la Universidad Militar Nueva Granada, quienes encontrábamos en el rincón lejano e inerte de la biblioteca, que ella llenaba de luz, la vida que nos faltaba afuera.

Como madre, la Doctora Nelly, les dio alas a sus hijas, y ello en una madre es difícil cosa de encontrar, porque uno con su apego humano a veces tiende a limitar más que a lanzar hacia delante a

2 Como de hecho se apagó dos horas después de comenzar este escrito, a las 7 p.m. del 19 de Octubre de 2009, en su casa de la ciudad de Bogotá.

sus hijos. Me hacía partícipe de los éxitos de sus hijas y de los grandes pasos en su vida: el nacimiento de la bella Amapola en Francia, primera nieta, hija de la noble Milena, lo disfruté como si hubiera sido el de la hija de mi hija –aunque sin el pánico que esto me hubiese causado de ser de verdad mi nieta-; y el de la amada Alejandra y el bendito Tomás, quien llegó en un momento tan oportuno y lindo a los brazos de su madre en Bogotá; tuve el privilegio de vivirlo como si yo fuera parte de esa familia.

No tengo cómo agradecerles, y cómo agradecer a mi amiga, haberme dado la familia que nunca tuve, haber sido la hermana que mi hermana nunca ha podido ser. Hoy en cualquier momento, el destino me la puede arrebatar a la fuerza y yo le doy la lucha, aunque ni siquiera sé cómo hacerlo.

Me niego a dejar ir a mi amiga, al menos no sin un tendal de lágrimas gigantes y la sensación de que se me oprime el pecho en el intento fallido de preguntar hacia dónde se va, si es que se ha ido para alguna parte.

Aprendí de la Doctora Nelly, tantas cosas lindas que la revista entera no me alcanzaría para enunciar. Es tan profesional, que seguramente esté donde esté, seguirá editando libros y haciendo y leyendo libros que eran su gran pasión. Organizando las bibliotecas del Divino, quizás.

Incluso, aprendí de la madre de la Doctora Nelly, Doña Solita, Soledad González de Acevedo, que era tema permanente de conversación entre nosotras, dado el enorme amor y admiración que le tenía a su mamita, tantas lecciones de vida y



de sabiduría como las que ya no se encuentran. Por ejemplo: ante cualquier problema que le surja a uno en la vida: “A dónde va el buey que no are?”. A las consecuencias de una actuación mal formulada pero voluntaria “Que con su pan se lo coman”. Y la última: “Venimos es a gustar este cuerpo y cuando ya no dé más, por lo menos que hayamos vivido a plenitud”.

Y así fue. Ese diminuto cuerpo, cansado de albergar el alma más grande y brillante que hay, se agotó y hoy nos deja prematura e intempestivamente. Se irá a brillar en otros mundos que aún no comprendemos. Eso me hace sentir como la misma Doctora Nelly diría en palabras de su señora Madre: “Como un angelito bailao”. Pero ella se llevó lo que siempre nos regaló: su enorme simpatía, su sabiduría, la incondicionalidad solidaria con uno, que solamente le generó los más grandes afectos entre nosotros. Sólo me queda agradecerles a sus lindas hermanas y a sus hijas, haberme permitido estar allí, siempre con ella.

Cuando va a nacer un niño, se juntan sus familiares más inmediatos para regocijarse con la bendición que les llega del cielo. Pero hoy, me han invitado a hacer parte de un acontecimiento aún más extraordinario, me dejaron compartir el momento silente y sagrado de ver partir a una amiga, en la paz de la propia vida que vivió con la justicia y los estándares éticos más altos. Nunca seré la misma después de ese episodio y de lo que ví hoy, aprendí tanto más de su muerte, como de su maravillosa existencia.

I love you, Doctora Nelly. Siempre se lo dije, en cada conversación, en cada abrazo. Me alegro que se lo dije por lo menos unas 100 veces, y ella no encontraba nunca qué decir de vuelta. Ahora,

extrañamente, en medio del camino que estaba recorriendo y el viaje que estaba emprendiendo, encontró qué decirme de vuelta: “I love you too, yoli”. Que bueno, y dulcemente pacificador, es mostrar a las personas que las amamos, cuando las amamos, y que esto sea siempre, acá y ahora, con las palabras, con los hechos, con lo que podemos, porque cuando nos vamos nos llevamos solamente lo que dimos.

Gracias a Magolita, Emilia Magdalena Acevedo de Romero, Ex rectora de la UIS, seccional El Socorro, por ser tan especial como hermana con Nellita. A pesar de vivir tan lejos, viajó para estar con su hermana y no se despegó de ella en el último mes, lapso cuando más la necesitó. Gracias por la serenata sin razón que le llevó un día, a la cual me invitó. Y gracias por tantas cosas más. Su relación de hermanas será siempre ejemplo para mis hijos pequeños, de hermandad, respeto, admiración, solidaridad y cariño, como jamás había visto en mi vida.

De hecho, la familia Acevedo González completa con todas sus hermosas ramificaciones es ejemplar. Conocí entre los hermanos de la Doctora Nelly a Miriam, a Solita, y a Don Eleuterio, y quedé asombrada de la enorme calidad humana y profundidad de sus valores. Todos ellos me ofrecieron su amistad maravillosa e incondicional. La Doctora no me dejó sin familia al irse, me dejó un legado de amor infinito, cuyas flores perfumadas hoy recojo para dejar una a una en el florero del rincón de la biblioteca que hoy está encriptado en mi alma.

Doctora Nelly, gracias por su afecto, por ser tan especial conmigo, y en realidad con todo el Universo, porque lo nuestro NO era exclusivo, por siempre estar allí para mí. Usted me hizo la

vida más amable y más llevadera. Más me demoraba yo en pedir consejo que en recibir respuesta de viva voz y en persona, porque este angelito que hoy me ha dejado, se desplazaba a donde uno estuviera para brindar sustento en persona. Eso la hizo tan irremplazable, tan especial y maravillosa.

Al menos se ha ido tranquila y en plenitud, con cada una de sus manos sostenida por sus amadas hijas. Rodeada de sus maravillosas hermanas y con sus amigos a los pies de su cama, entonando canciones bonitas, de amor y de paz. Como me dijo el padre Gonzalo, que me acompañó con rapidez para ir a ponerle sus santos óleos: "Yo también me quisiera morir así. Acompañado y rodeado de personas que me quieran". ¿Y quién no, padrecito? Definitivamente, yo también quisiera lo mismo, sin el sufrimiento previo. Pero ello hay que ganárselo en la vida, sembrando lo que sea que se necesita sembrar y sobre todo, viviendo sin sufrir de la enfermedad de la "propia importancia" que es tan mala para la salud y desafortunadamente tan común entre los seres humanos.

Hoy sentí en la práctica, lo que siempre he sabido: que no somos realmente este cuerpo que come, esta boca que habla, esta ropa que cubre un ser que vive en una casa de un estrato X, sino que trascendemos y somos lo que realmente es la vida: somos el espíritu. Este halo de energía que nos impulsa a luchar y a aprender cada día, como si se tratara de una universidad gigante y a veces dura que nos enseña lecciones fuertes, bajo las cuales solamente hay un mensaje de amor y de crecimiento espiritual.

Con la venia del maestro Fernando Soto Aparicio, con quien comparto asiento, ese a propósito es otro enorme deleite y orgullo de mi

existencia, hago mías sus palabras que una vez dedicara al Doctor Pedro Pablo Peña Motta a la hora de su partida.

Berito Kuwará, jefe de la Autoridad Tradicional del Pueblo Uwa, no sólo en la vida real sino en la novela *Los hijos del viento*, de Fernando Soto Aparicio, se pregunta: "¿No es la vida sino un fuego fatuo que alguien apaga con la muerte? Y si la iban a apagar, ¿para qué la encendieron?" Raro destino el de los seres humanos, que al recibir la primera luz de la vida también reciben la absoluta certeza de su muerte. Somos los dos lados de una misma moneda. ¿Quién juega con nosotros a cara o sello? ¿Por qué los que se fueron no regresan? ¿Quizás porque no se han ido para ninguna parte? El regreso sin la ida es imposible. ¿Nos vamos o simplemente desaparecemos? Y parodiando lo dicho por Berito, si íbamos a desaparecer, ¿para qué estuvimos?

Por eso, desde este momento de mi vida puedo pensar en la Doctora Nelly, y decirle con los labios del alma que le agradezco el regalo de su amistad, y que con ella fue menos difícil verla alejarse, paso a paso, sin prisas y sin miedo, por el sendero que todos debemos recorrer cuando la voz desconocida nos convoque y la mano intangible nos arranque, como el peregrino desprevenido arranca una flor en un camino, sin importarle que, para siempre, ese camino se quede sin el resplandor maravilloso de su perfume.

Nellita, jamás te vamos a olvidar. Si alguien va a la biblioteca de la Universidad Militar Nueva Granada, es imposible no recordarte. Tú hiciste de esa biblioteca lo que nos acompañará por siempre.

Te deseo lo mejor mujer hermosa, gracias por haber hecho parte de la vida de la Universidad

Militar Nueva Granada durante más de 27 años; tenerte fue para todos un verdadero privilegio. Y en particular, gracias por haberme guiado e impedido que los resbalones terminaran en caídas. Gracias por los dichos que nunca olvidaré; por haber sido lo que fuiste para mis hijos Leslie y Andrés; y por las continuas lecciones de vida en mi existencia. Te estaré agradecida eternamente.

Supongo y espero, que el buen Dios no me dejará, sin un querido y sabio consejero que con el amor que tú me tuviste, impida que cometa aún más errores de los que he cometido hasta ahora.

Buen viaje, buena marcha, sé feliz, sigue creciendo... I love you, Nellita. Rest in peace. Descansa en paz...

Días después, de que escribí lo anterior, revisé mis correos y encontré y releí el último que me enviara la Doctora Nelly Acevedo González –me escribía casi a diario o cuando podía, varios correos, de esos con anexos y poemas y gráficas en power point que le mandan a uno, ella me los reenviaba, pero no era solamente a mí, tenía demasiados amigos, sin que le sobrara alguno- y tal vez como una premonición a su inesperada e intempestiva partida, porque dicen que uno incluso, seis meses antes, siente que de pronto se va a ir y que pronto deberá atender el llamado a lista que le haga el Divino, el último mail que me envió, fechado el 8 de septiembre de 2009, es un poema a la amistad de Jorge Luis Borges, con dibujos y hasta música de fondo.

Ahora lo transcribo y a su vez, se lo dedico a ella y a todos los lectores que tienen amigos, y que en la suscrita pueden hallar desde ahora, otra amiga. Ese mail inusitado al que ahora le presto la atención que merece.



Amigo

*No puedo darte soluciones
para todos los problemas de la vida,
ni tengo respuestas para tus dudas o temores,
pero puedo escucharte y compartirlo contigo.
No puedo cambiar tu pasado ni tu futuro,
pero cuando me necesites estaré junto a tí.*

*No puedo evitar que tropieces,
solamente puedo ofrecerte mi mano
para que te sujetes y no caigas.*

*Tus alegrías, tus triunfos y tus éxitos, no son míos,
pero disfruto sinceramente cuando te veo feliz.*

*No juzgo las decisiones que tomas en la vida,
me limito a apoyarte, a estimularte
y a ayudarte si me lo pides.*

*No puedo trazarte límites
dentro de los cuales debes actuar,
pero sí te ofrezco el espacio necesario para crecer.
No puedo evitar tus sufrimientos*

cuando alguna pena te parta el corazón,
 pero puedo llorar contigo y recoger
 los pedazos para armarlo de nuevo.
 No puedo decirte quién eres ni quién deberías ser,
 solamente puedo quererte como eres
 y ser tu amigo.

En estos días me puse a recordar
 a mis amistades más preciosas.
 Soy una persona feliz:
 tengo más amigos de los que imaginaba.
 Eso es lo que ellos me dicen, me lo demuestran.
 Es lo que siento por todos ellos.
 Veo el brillo en sus ojos, la sonrisa espontánea
 y la alegría que sienten al verme.
 Y yo también siento paz y alegría
 cuando los veo y cuando hablamos,
 sea en la alegría o sea en la serenidad,
 en estos días pensé en mis amigos y amigas,
 entre ellos, apareciste tú.
 No estabas arriba, ni abajo ni en el medio.
 No encabezabas ni concluías la lista.
 No eras el número uno ni el número final.
 Lo que sé es que te destacabas
 por alguna cualidad que
 transmitías y con la cual desde hace tiempo se
 ennoblece mi vida.
 Y tampoco tengo la pretensión de ser el primero,
 el segundo o el tercero de tu lista.
 Basta que me quieras como amigo.
 Porque eso es lo que somos: realmente amigos.

Y entonces...
 Hice lo que todo amigo hace por sus amigos:
 Oí... y le agradecí a Dios por tí.
 Gracias por ser mi amiga.

Nelly
 Poema original de Jorge Luis Borges.



A todos nuestros colaboradores que engalanan esta nueva edición de la revista Educación y Desarrollo Social, que esta vez dedicamos a la Doctora Nelly Acevedo González, gracias por preferirnos y enviarnos sus aportes con la abundancia y la puntualidad que siempre lo han hecho. La invitación permanente para que nos sigan colaborando en nuestros próximos números; la próxima edición recibe sus artículos hasta el 30 de abril de 2010 al correo: revista.educacion@unimilitar.edu.co

Y en general, los mejores deseos para ustedes amables lectores, colaboradores, y amigos, con la sentida petición que difundamos por todos los rincones del Universo y ojalá siempre, el mensaje efímero y profundo de vivir la vida sin la enfermedad de la propia importancia que es tan mala y hace tanto daño a la salud, mientras le mostramos con todo lo que podamos a nuestros seres amados que los amamos infinitamente y para siempre.

Yolanda M. Guerra Ph.D.
 Editora

Revista Educación y Desarrollo Social
 yolanda.guerra@unimilitar.edu.co

I SECCIÓN

RESULTADOS DE INVESTIGACIÓN

